



# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLVII [Zaragoza, 1 de noviembre de 1945 Núm. 1.007

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica (por ahora) el primero de cada mes  
Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.ª doha.

SALUDO A FRANCO:

(ARRIBA ESPAÑA)

Eramos niños, vamos creciendo lentamente, imperceptiblemente, y nos asombramos de vernos viejos.

Y después la muerte sin remedio posible.

Para muchos, la mayoría, se acaba la vida sin llegar a la vejez.

Lo sabemos, lo vemos.

No necesitamos que nadie nos lo diga.

Y esto los sabios y los ignorantes; los pobres y los ricos; los jóvenes y viejos; mujeres y hombres; blancos y negros...; buenos y malos...

Y después?...

Después...

"Daré a cada uno según sus obras...", ha dicho Jesús.

Y luego la vida sin fin...

¡La vida eterna!

El infierno, el castigo eterno de los malos.

El cielo, el premio eterno de los buenos.

Este es el fin.

Esta es la razón de ser de nuestra vida.

Por eso nacemos, para eso vivimos, para eso morimos.

El cristiano lo sabe y da a todas las obras de su vida esa orientación eterna, que armoniza todos sus actos y les da brillo y hermosura y los enriquece con valores infinitos.

El cristiano sabe a donde va y camina sin vacilar, alumbrado por resplandores celestiales, con la paz en el alma.

El que no sabe estas cosas, aun-

que sepa otras muchas, es un desgraciado.

Aunque le llamen sabio, aunque sea médico, abogado, arquitecto, catedrático, pintor, periodista, escritor..., millonario, gobernante... es un ignorante y un desgraciado.

También vé lo fugaz de la vida.

Y la seguridad de la muerte.

Y no comprende la vida ni la muerte...

Pero es cierto...; lo más cierto, lo más seguro de todo.

Siente su impotencia ante el flujo incesante del tiempo y la proximidad de la muerte.

Para él no tiene razón de ser nada si todo acaba con la muerte.

La única realidad es él mismo.

Por eso concentra toda su atención e interés en sí mismo, procurando evitar todo sufrimiento y conseguir el mayor bienestar a cualquier precio.

De ahí las más locas ambiciones, los afanes de ganancias y riquezas por cualquier medio; el fraude, el robo, la violencia, la injusticia, las huelgas, las guerras y revoluciones...

Piensan que hay que aprovechar este tiempo que escapa y no volverá; que urge hacerse rico y gozar...

Siempre ha habido hombres malos, pecadores.

Ahora vemos con profunda lástima muchos, muchísimos hombres enloquecidos por afán de riquezas y placeres.

Vemos con dolor muchísimos cristianos que se contagian de ese vértigo y también sienten esa locura mun-

## Mirando al cielo

Ninguna verdad más clara que la fugacidad de esta vida.

La vemos correr a nuestra vista sin detenerse por ningún motivo ni un momento.

A ningún precio puede el hombre detener el tiempo una hora, un minuto siquiera.

Con todos los inventos portentosos de la Física y de la Química no se ha logrado frenar un poco el reloj del tiempo.

Un ejemplar 2'50 pt. al año, 10 ejempls. 15 pt.; 100 ejemplares 125 pt.

cuarta página, con original propio para Parroquias, Asociaciones, etc. Pídanse precios y muestras

Ayuntamiento de Madrid



dana de enriquecerse y de gozar de todo en este mundo, como si no tuvieran esperanza alguna, como los paganos.

Los cristianos viven de la esperanza.

Tienen su corazón en el cielo que saben han de alcanzar, con la gracia de Dios.

Y viven gozosos su vida de privaciones, de sufrimiento y de virtudes para lograr el cielo.

Ven en el cielo a Dios, en todo el esplendor de su gloria infinita.

Ven a Jesucristo, que ha sido en este mundo el Maestro y el Redentor.

Contemplan a la Virgen Santísima, la Madre tierna que les ha traído la gracia y les conduce al cielo...

Ven a los santos que han sido sus patronos, sus modelos, su ejemplo y su aliento. Fueron como ellos, vivie-

ron en este mundo y gozan en el cielo la felicidad eterna.

Allí están esperando y ayudando esos santos familiares: San José, San Blas, San Roque, San Antonio, San Agustín, San Sebastián, San Valero, San Vicente, San Juan, San Francisco, San Pascual, San Lorenzo..., Santa Teresa, Santa Isabel, Santa Rosa, Santa Cecilia, Santa Elena, Santa María Magdalena, Santa Catalina, Santa Ana...

Santos reyes, magnates, gobernantes, doctores, catedráticos, Papas, Obispos, sacerdotes, frailes, soldados, artistas, artesanos, comerciantes, marinos, ricos, modestos y mendigos, solitarios, mártires y confesores, hombres y mujeres, niños y ancianos, blancos y negros... en muchedumbres incontables—como los vió San Juan—“de todos los países, de todas las razas, de todas las lenguas...”

Y de todos los tiempos y profesiones.

Los santos desconocidos en número incalculable que son nuestra esperanza y nuestro gozo.

Si somos como ellos fueron, seremos también nosotros como ellos son, deslumbrantes de hermosura y gozando de una felicidad que nadie les puede arrebatarse...

Y millones y millones de ángeles bellísimos, cortejo de Dios y compañeros de los santos en una sociedad de amor entrañable en la presencia de Dios, Padre y Fuente de toda felicidad.

No se explica la vida miserable de los malos, la despreocupación de los mundanos y la tibieza de muchos cristianos.

Se comprende la vida exquisita y abnegada de los santos, la locura de la Cruz. FELIPE CLEMENTE.

## NUESTROS MARTIRES

Ya se ha pasado nuestra grande fiesta, Lo de la Virgen del Pilar sagrado Y he aquí fieles que se aumenta el gozo Pues llega el día de los Santos Mártires. Innumerables.

Fué el gran Prudencio con su lira de oro Quien inspirado nos cantó sus glorias, Y es Zaragoza quien al cielo acude, Lleva en ofrenda, cual ninguna otra Flores a Cristo

No es sólo Engracia y héroes diez y ocho, Ni los Convertidos por el gran Santiago, No es ya Vicente con Crescencio y Cayo, Ni es la familia por mitrada ilustre De San Valero.

No levantaron Roma y sus tiranos Persecuciones, vendaval furioso Contra la Iglesia posesión de Cristo (que en Zaragoza no diera abundantes Opimos frutos.

Y nunca pudo la piedad devota Número darles, son cual las estrellas Del cielo hermoso; son cual las arenas De las playas todas; son nuestros mártires Innumerables.

Sea su ejemplo, sean sus victorias Quien nos animen a luchar por Cristo, Dando la cara sin vergüenza o miedo, Dando la honra, si preciso fuera Dando la vida.

R. JORCANO



## TRIBUNAL BARATO

Un hombre.—¿Es aquí ande hacen el “Tribunal Barato”?

Macario.—Sí, señor; pero aun no es hora. ¿Pa qué viene tan temprano a cansar?

—Usted desimule; ya nos asperaremos lo que síá menester; que queríamos ver al señor Mago. Esta, qué

mi mujer no callaba; quhimos dir a ver al señor Mago; y lhi dicho, pues calla, ya iremos, y en cuanto hi visto este casillio hi dicho: ¿quiés juate ques esta la casa del señor Mago? Y usted será el señor Macario...

—Sí señor.

—Ya me lo hi pensau ascape.

La mujer.—¡Ay, Dios mío! ¡Hija mía!

Macario.—¿Tiene alguna chica mala? que lhabrán traído a hacele alguna operación...

La mujer.—No señor, no, que me sha muerto. ¡Hija mía, tan rica como era! ¡A los veinte años! ¡Hija mía! ¡Si era un rollo di oro!

El hombre.—¿Y qui has dhacer? Ya no tiene remedio. Es menester aconsolase; si no vas a cair tú también mala y vas astirar la pata y eso será pior.

La mujer.—¡Si era una santa! ¡Y qué intierro que tuvo! No sha visto otro en el pueblo. Tol mundo fué al intierro. ¡Probecica mía!

El hombre.—Si lha hubiá usted visto. Tuvo una muerte como una santa. Paecía una virgen, sin movese.

Macario.—Pues yastará en el Cielo... aconsuélese, que todos himos di hacer lo mesmo. Ser güenos, confesase y el Veatico y al cielo.

La mujer.—No se pudo confesar y esa es mi pena; pero sí era una santa. ¡Hija mía! Si ella nostá en el cielo, quién estará!...

Macario.—¿Le darian la “unción”?..

La mujer.—No señor, que ya llegó tarde el Mosen. Con el desgusto que teníamos no pensemos en nada... A

¡Atención, suscriptores! La Administración de “El Eco de la Cruz”



dale caldo, a ponele botella di agua caliente... y se nos quedó común pajarico.

Macario.—¿Y aun dice V. quedará en el cielo y sha muerto sin confesarse, ni la "unción"? Lo quedará ardiendo en los infiernos.

La mujer.—¡Hija mía! ¡Por Dios, señor Macario! ¡Si era una santa!

Macario.—Mu güena, mu güena y sha muerto sin confesarse, como mi burra. ¿Ande quíe V. questé? Y usté también lo pasará mal, porque tiene usté la culpa; quella ya shubía confesau si se lhabían dicho. Y ahura ya no tiene remedio. Me paice que lhan de pasar mal to los de casa. Me paice mentira que los cristianos se mueran como los perros y aún sacontentan con que han ido muchos al entierro...

La mujer.—Por Dios, señor Macario! tenga compasión que bastante pena tengo yo que no hago más que llorar!

Macario.—¿Y qué quíe usté que lhaga yo? Eso ustedes, ustedes, habelo pensau antes.

—¡Macario!...

—¡Señor!...

—¿Hay alguno esperando?

—Si señor, ya hacé güen tajo e rato quesperan.

La mujer.—¿Da usté su premiso?

El señor Mago.—Adelante, adelante!...

—¡Ay señor Mago, cuántas ganas tenía de velo! ¡Pa mí no hay consuelo, que me sha muerto una chica mu rica de veinte años! ¡Y ahura mha dico el señor Macario questá en los infiernos!

Señor Mago.—¿Y él qué se sabe?

La mujer.—Que sha muerto sin confesarse y el Mosen llegó tarde pa dale "la unción"...

Señor Mago.—¿Y cómo fué eso? ¿Se murió de repente?

La mujer.—No señor; pero nostuvo cuasi mala, que sha ido en dos semanas y no nos paicia que siba a morir.

Señor Mago.—¿La vió el Médico?

La mujer.—Si señor. Ya nos dijo que llamásemos al Mosen, pero nos paicia que nos iba a morir y por no asustala. ¡Ay, madre mía; hija mía; quera la más maja el pueblo!... Lo único que maconsueja es quhimos hecho to lo quhimos podido; médico, practicante, to las medecinas... que nos himos gastau un puñau de duros. Le pusimos cuatro velas encendidas y el platico e sal... No le faltó nada. Paicia una Virgen. Vino tol mundo a vela y al entierro...

Señor Mago.—Y con todo eso se ha muerto sin recibir siquiera la Santa Unción...

El hombre.—No pensemos, señor Mago. Fuimos escape a buscar al Mosen y ya llegó tarde, ya shabía muer-

to: aun trebajó algo con el guisopo y le rezó un responso.

Señor Mago.—Pero vosotros ¿sois cristianos?

La mujer.—Si señor de to la vida, como denguno del pueblo.

Señor Mago.—No se comprenden estas ocasas. Que tengáis tantos días enferma a vuestra hija, que la queréis con toda el alma; os avisa el médico y aún así la dejáis morir como un perro. ¡Pobre criatura! Seguramente si lo hubiera sabido se hubiera confesado.

La mujer.—Si era una santa...

Señor Mago.—Es una pena que a veces un cariño mal entendido os ciega, y vosotros, los padres, sois los más culpables, porque les engaáis a los enfermos y les ocultáis su gravedad. Ninguna cosa hay tan interesante como la salvación; y para salvarnos lo más importante el final de la vida. Una vida mala, desastrosa, puede remediarse en la última hora, como el buen ladrón, que le bastó una súplica de misericordia al Señor y oyó al instante aquellas palabras tan consoladoras: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Pero es insensato y aún terrible el abandono de los moribundos. ¿Quién sabe la situación de su alma? ¿Se confesaba con frecuencia?

La mujer.—Si señor. Quería confesarse cuando se devantara pa dar gracias a la Virgen, y le pidió que la curase y rezaba to los días.

Señor Mago.—Es muy tirste esto. La mayoría de las personas consiguen fácilmente que se confiese un enfermo, aunque no sea piadoso, con una oportunidad cualquiera; la proximidad de una fiesta, una promesa... cualquier cosa, porque Dios ayuda. Y vosotros, siendo cristiana vuestra hija no lo habéis hecho. Es una amargura. Le priváis al enfermo de la mayor seguridad del cielo y de la fortaleza y consuelos de los Santos Sacramentos que Dios ha instituido para esa hora. Los verdaderos cristianos lo saben bien lo que son esos auxilios espirituales y los aprovechan con el mayor afán. Y vemos qué transformación tan manifiesta y admirable se verifica en la mayor parte. El Señor les da una paz desconocida; soportan mejor los padecimientos, se ven gozosos en gracia de Dios y sienten llegar la muerte con serenidad y llenos de esperanza de ir al Cielo. ¡Esa si que es muerte santa y envidiable! Allí si que podemos creer que está el Señor bendiciendo a aquella alma a manos llenas porque la ha redimido; está la Santísima Virgen que es nuestra Madre; los ángeles custodios, los santos patronos o de devoción del moribundo. ¡Si lo viéramos con los ojos! Y luego de morir el juicio y al Cielo con

legiones de ángeles y santos a gozar por toda la eternidad...

La mujer.—¿Y mi hija no está en el Cielo?

Señor Mago.—No lo podemos saber. Desde luego le habéis estorbado el camino. Grande es la misericordia de Dios y siendo ella buena, ha rezado... creo que se habrá salvado, pero estará en el Purgatorio. Y eso también es de suma importancia. Una muerte cristiana puede librar del Purgatorio o disminuirlo.

La mujer.—¿Y quhimos di hacer?

Sr. Mago.—Por lo pronto arrepentidos, porque le habéis hecho el peor servicio a vuestra hija y rezar mucho por ella, por si está en el Purgatorio. Y escarmentar. Hay personas, al contrario que vosotros, que se dan gran traza para preparar a los enfermos a recibir bien los santos sacramentos. Es la mejor obra que pueden hacer y Dios les premiará abundantemente.

La mujer.—Si que lo haremos, Pero mi hija nstará en el infierno... ¿verdád?

Señor Mago.—¿Y quién lo sabe? Creo que no. La misericordia de Dios es infinita... pero repito que es una responsabilidad terrible la vuestra. Después de la muerte ya nada se puede remediar.

EL MAGO.



Jesús ha logrado plenamente sus ansias de intimidad en el Sacramento de la Eucaristía.

Ha penetrado hasta el fondo del alma.

Ha querido también una penetración sensible en el interior del cuerpo.

Tantas ansias, tanta preparación, tanto sacrificio ¿serán sólo para una visita fugaz?

El mismo ha dicho:

"Vendremos a él y en él haremos mansión..."

Es decir, en él haremos nuestra casa.

Quiere, pues, vivir, en nosotros de un modo habitual y constante.

"El que coma mi carne y beba mi sangre vivirá por Mí como Yo vivo por mi Padre".

¿Para qué más?

J. ADELAC

Talleres Editoriales "El Noticiero"

se ha trasladado a la calle Mayor, núm. 6, segundo derecha

Ayuntamiento de Madrid



## SABER ESPERAR

Ya tuvimos ocasión no hace mucho, de admirar el silencio de don Juan, que llamábamos "Una lección callada", lección elocuente, provechosa y la más continua de su vida.

Ese espíritu delicado tiene otras manifestaciones muy interesantes que allí no se notaron.

Podíamos decir que es la "calma del espíritu", cualidad preciosa de almas elevadas, y que pasa casi siempre inadvertida para la totalidad vulgar de los hombres.

Es en el yunque de la adversidad donde se forjan las almas y es por eso en las contrariedades de la vida donde es preciosa la observación.

Hay personas que por temperamento son tranquilas, pacíficas y no se alteran fácilmente y rehuyen el sufrimiento y viven despreocupadas, encontrando razones que aquieten su placidez.

Otras soportan penosamente la adversidad; ante la realidad no se rebelan, temen a Dios y llevan su cruz como una desgracia: se sienten abatidos y degradados. Ruegan a Dios por costumbre con flojedad y con poca esperanza, como víctimas de una fatalidad.

Otras, sienten tanto el dolor que no se avienen a la adversidad. La creen o desean pasajera y sueñan en su rehabilitación, procurando por todos los medios salir de aquel atolladero, pensando en todos los procedimientos de éxito. Son impacientes, quisieran atropellar el tiempo que se les hace eterno, para alcanzar el logro de sus sueños. No olvidan a Dios, pero pretenden que Dios les atienda y secundes sus planes. No son los planes de Dios sino los suyos los que afanan. Aun en las personas de espíritu cultivado se observa frecuentemente una preocupación y una inquietud en los momentos o etapas de peligro para sus ideas, que han puesto noblemente al servicio de Dios. Ven o temen el pecado; quieren la gloria de Dios y sufren de que se desbarate, por obra del demonio, aquel trabajo tan penosamente realizado. Es una enfermedad que impide toda labor de vida de apostolado, o una disposición legal onerosa, o la falta de dinero; o una orden del superior, o el carácter extraño de personas con quienes hay que contar; o la diferencia de criterios o pasividad de los buenos...

Son muchos los que sufren ante situaciones adversas y que no pueden remediar.

Es natural. Muchas veces no puede dudarse de que es el celo por la gloria de Dios lo que les pone en el alma

esas impacencias, esas ansias de remedio y les hacen creer que ellos lo harían de otro modo mejor y lo piden sinceramente a Dios.

Don Juan también sentía arder en su pecho ese celo apostólico y hubiera querido transformar las almas, vencer los obstáculos y marchar sin trabas a las múltiples obras que creaba por la gloria de Dios.

Cuando venía el fracaso y parecía derrumbarse todo, cuando una defecación hacía peligrar una obra, o la maledicencia y la pasión encendían una campaña en contra, cuando un traslado o nombramiento del Prelado le privaba de un auxiliar valioso o las leyes o las circunstancias equalesquiera, o la apatía esterilizaban las obras o frenaban su marcha... se mostraba don Juan en toda su grandeza humana y sobrenatural. Como hombre se le veía padecer, y pensamos que suplicaba al Padre: "Si es posible, pase de mí este caliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya"; pasaba la ráfaga sombría y volvía al momento la serenidad de su rostro; aceptaba plonamente los designios de Dios; contrariedades, fracasos, lo que fuera. "No sabemos los planes de Dios". Y no era resignación, era entrar en la nueva vía apacible como si nada hubiera ocurrido. No era un temperamento equilibrado, ni un dominio victorioso de tendencias y espontaneidades, ni el cultivo tenaz de la vida interior solamente. Su actitud serena era la calma de su espíritu tranquilo, lleno de fe en Dios que siempre gana; era intuición y docilidad gozosa al plan de Dios siempre presente; era la seguridad del triunfo de Dios que llegaría a su hora.

Por eso cuando nos veía desconcertados o airados, cavilosos... nos decía sonriente y compasivo: "es preciso saber esperar". Y veíamos asombrados y gozosos que la hora de Dios llegaba como él había dicho, como una profecía. Dejaba obrar a Dios y se sentaba con la seguridad jubilosa del que espera en el monte la salida del sol.

JUAN DE LA CRUZ

"Ante el Pilar".—Precioso devocionario de la Santísima Virgen del Pilar escrito por don José Marzo Abecia, presbítero. 275 páginas, encuadernado en tela negra, plancha dorada, cortes rojos, puntas redondas, excelente papel, 8 pesetas. De venta en esta Administración.

## Biblioteca de EL ECO DE LA CRUZ

(Premiada en el concurso Villahermosa Guaqui)

PARA VACACIONES  
PARA VELADAS  
PARA EL DESCANSO

La Eucaristía y la Comunión diaria, por el M. I. Sr. D. Juan Buj.

Obra de permanente actualidad. Su autor fué el verdadero Apóstol de la Comunión diaria en nuestra región y aun fuera de ella, anticipándose con clarividencia sorprendente a Pío X. Ideas luminosas, lenguaje cálido, piedad honda del alma que siente la dicha de ver y amar a Jesús en la Eucaristía.—Precio, 2,50 pesetas.

El Mago.—Tomos II, III y IV, de 200 páginas, y con las cartas de Macario. Un tomo: 2 pesetas.

Lectura muy amena e instructiva acomodada a las inteligencias más sencillas. El "Tribunal Barato", con "Macario", ha hecho las delicias de nuestro pueblo, principalmente de las parroquias rurales. Es el tipo popular que reciben jubilosos, como a un amigo, los habituales lectores de EL ECO DE LA CRUZ. Muy a propósito para lectura de entretenimiento, para las veladas de invierno, cuadros teatrales, vacaciones...

Desde mi Cartuja y desde mi Tebaida, por Nardo (D. Juan Buj); con multitud de preciosos grabados. 4 pesetas.

Su lectura sosegada penetra el alma de una vida espiritual más profunda y le inicia en la presencia divina enseñándole a vivir en la Tierra con la veneración y gozo de estar en la casa de Dios.

El Crucifijo. Por D. Isidro Palos. 150 págs., 2 pesetas.

Breve y jugosa narración de la Pasión de Jesús y estudio erudito de la Cruz en la Liturgia y en el Arte.

Libertad. Por Rusticus (D. Juan Buj). 2,50 pesetas.

Novelita, de juventud; se refieren los peligros de los jóvenes que se alejan de su hogar, su inchedulidad y su afortunada vuelta a Dios y a su familia.

El Cristo del Hogar. Por Julio Ascanio (D. Juan Buj). Precio, 0,50 pesetas.

Emocionante piececita trágica para el teatro, en que un padre —a ejemplo de Jesucristo— da la vida por su hijo.

Esta Biblioteca es muy a propósito para la lectura recreativa, apologética, formación espiritual, para el veraneo, las veladas de invierno, cuadros escénicos, bibliotecas populares y de Acción Católica sobre todo, en este resurgir cristiano de España sustituyendo a tanta lectura frívola, inmunda o desorientadora.

Para las Parroquias, Circulos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana popular